

**LA REVANCHA**  
**Por Mandelrot – mandelrot.com**

---

Mi marido está acostumbrado a ganar. Durante toda su vida siempre ha sido el primero de su clase, la estrella de su equipo, el centro de las fiestas... Carlos es inteligente, aún atractivo, tiene dinero, y todos le admiran. Y si al principio no lo hacen él acaba consiguiéndolo: para él los demás son simplemente piezas de caza, y considera a sus conquistas como simples trofeos. Yo soy uno de ellos, claro.

A veces llega a resultar realmente insoportable estar con alguien así. Haga lo que yo haga él parece no darle demasiada importancia, como si pudiera superarlo con sólo proponérselo; sin embargo, cuando él toma una iniciativa siempre resulta ser brillante, y Carlos se encarga de que todos se lo recordemos lo suficiente para comprobar que sigue siendo el mejor.

Hace unos meses volvíamos a casa de una cena con unos empresarios amigos suyos; yo miraba por la ventanilla las calles desiertas a aquella hora mientras él conducía, cuando me dijo:

-Cariño, esta noche tengo una sorpresa para ti.

Le miré con curiosidad. Carlos sonreía levemente, con esa expresión suya tan característica.

-¿Una sorpresa? ¿Ahora?

Él asintió sin perder la sonrisa. Parecía complacerse de su idea brillante, de un triunfo más por adelantado.

Nos estábamos acercando a casa y no dije nada más. Le conocía como para saber que con preguntarle no conseguiría más que alimentar su satisfacción, y ninguna respuesta.

Llegamos y no vi nada especial; fuera cual fuera su sorpresa no estaba allí.

-¿Qué tal si nos vamos ya a la cama? Lo que tengo para ti puede esperar un poco –dijo, sin perder la sonrisa.

-Entonces ¿para qué me lo has dicho? –contesté yo.

-Cariño, creo que es mejor así... ya lo verás –ahora sonrió algo más abiertamente.

-Está bien –dije, tratando de quitarle importancia. Pero estaba intrigada, y él lo sabía perfectamente. Por supuesto.

Me di una ducha para quitarme el olor del ambiente cargado de tabaco, me puse una combinación para dormir y me metí en la cama. Me sorprendió verlo aparecer todavía vestido. Se acercó a mí, me besó y habló en voz baja.

-¿Qué tal si te desnudas? Es parte de la sorpresa...

Lo hice después de quedarme mirándole un segundo. ¿Qué podría estar tramando?

-Fantástica –dijo él con su sonrisa a medias-. Sacó un pañuelo de color negro de un bolsillo y añadió: -ahora te voy a vendar los ojos.

-Carlos, ¿quieres decirme de qué va todo esto?

-Querida, ya lo verás. Espera un poco...

Me gustan las sorpresas tanto como a cualquiera; lo que me molestaba era su actitud de “otra brillante idea mía” que Carlos exhibía. *En fin*, me dije, *al menos saciaré mi curiosidad*.

Dejé que Carlos me vendara los ojos. No podía ver absolutamente nada, ni siquiera distinguir si había luces en la habitación o no.

-Ahora esto... date la vuelta.

Obedecí y él empezó a atarme las muñecas por la espalda.

-Tranquila –susurró.

Tenía las manos atadas pero no juntas: los nudos me permitían la separación suficiente para no incomodarme. En cualquier caso no podía desatarme ni quitarme la venda.

Intenté decir algo, pero Carlos me puso un dedo en los labios.

-Cariño, tienes que prometerme que te dejarás llevar.

Durante unos segundos no contesté. Aquello se salía completamente de lo normal y, aunque en el primer momento todo había sucedido demasiado deprisa para pensar en objeciones, éstas estaban empezando a ocurrírseme.

-Mira, esto no me está gustando –dije al fin-. Si es una broma creo que ya vale, ¿no?

-No es una broma. Oye, me preocupo por prepararte algo especial y ¿así te lo tomas?

-Carlos, una cosa es algo especial y otra cosa es esto...

-Confía en mí –susurró-. Si en cualquier momento no te gusta mi sorpresa no tienes más que decirlo y se acabó, ¿de acuerdo?

Tardé un momento en darme por vencida. Aún tenía algún recelo.

-Esto me da un poco de miedo.

-Pero querida, ¿crees que voy a permitir que te pase algo malo?

-Está bien –suspiré al fin.

-Ahora vuelvo... y traeré tu sorpresa –dijo, antes de levantarse, taparme con la sábana y que le oyera salir de la habitación.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando ni de lo que iba a pasar. Él no me haría daño, de eso estaba segura, pero la incertidumbre era total. Estaba

sola en mi habitación, desnuda, atada y con los ojos vendados; no sabía dónde estaba mi marido, y esperaba una “sorpresa” que podía ser... ¿qué? Algo sexual, claro. ¿Para qué desnudarme si no? Carlos era un buen amante pero nunca había mostrado ninguna extravagancia; empecé a pensar que había entrado en algún sex-shop y quizá traería algún aparato de los que aparecen en revistas. ¿O querría hacer una escenita? Representar el papel de secuestrador o algo parecido...

Mientras mi imaginación seguía volando me di cuenta de que entre la curiosidad y un cierto temor también empezaba a estar... un poco excitada. El morbo que me producía la situación comenzaba a gustarme de alguna manera, y pensar en lo que podría ocurrir estaba haciendo incluso que notara cómo me humedecía. El suave roce de la sábana sobre mi piel me producía ligeros escalofríos muy placenteros, y percibía la progresiva erección de mis pezones.

*Cuánto tarda*, pensé. No sé por qué, me apeteció abrir ligeramente las piernas; al separar los muslos y moverse mi pubis, el roce de mis labios me produjo un fugaz destello de placer más intenso. Abrí más las piernas, lo que aumentó aún más mi excitación; al respirar profundamente notaba el tacto de mis pezones con la tela, lo que me hizo lanzar incluso un débil gemido.

Momentos después empecé a empujar las sábanas hacia abajo con los pies, lo que me produjo un instante más de placer al deslizarse por mi cuerpo. Quería estar *realmente* desnuda. Me estaba excitando bastante y el aire en mi piel era justo lo que me faltaba para desear... algo más.

De haber tenido las manos libres habría comenzado a acariciarme. Estaba en el momento justo y no podía desaprovecharlo. Cerré las piernas fuertemente para notar mi sexo, y empecé a frotar lentamente mis muslos entre sí. *¿Dónde se ha metido Carlos?*

-Fantástico, querida –su voz desde la puerta me hizo detenerme por un segundo-. No te pares, por favor. Me gusta mirarte.

Sonreí. Me excitaba aún más oír eso.

-¿Te gusta?

-Claro –rió por un segundo.

-A mí me gustaría mirarte a ti.

-Ah, pero eso no puede ser... es parte de la sorpresa, ya sabes.

-Sí. Estoy deseando descubrir esa sorpresa ahora mismo.

Carlos volvió a reír en voz baja.

-Cariño, estaba esperando a que dijeras eso.

Se acercó y se sentó junto a mí; yo me incorporé levemente. Sus manos se posaron suavemente en mi cintura, para pasar a mi espalda apenas rozándome la piel. Me estremecí de gusto.

Me besó lentamente el cuello y pude notar al tocarnos que se había quitado la ropa. Yo estaba ya completamente entregada al placer. Bajó con sus labios hasta el pecho, y se fue acercando despacio hasta un pezón mientras una de sus manos se deslizaba hacia el otro. Primero recorrió la curva de mis senos, lo que me hizo llevar la cabeza atrás y abrir la boca; y al tocar mis

pezones con sus dedos y su lengua no pude reprimir un gemido. Iba a tener un orgasmo pronto, y además muy intenso.

De repente sentí una mano en mi muslo derecho. Una mano grande y cálida... que no era de mi marido.

Por un momento salí de mi excitación con un sobresalto. Abrí la boca pero Carlos me puso un dedo en los labios.

-Cariño, no digas nada.

Intenté articular palabra, pero no me dejó.

-Disfruta de tu sorpresa. Te gustará, te lo aseguro.

Me recostó con suavidad, mientras aquella mano empezaba a moverse acariciando mi piel.

Otro hombre... ¿quién era? Estaba desnuda, atada, había otro hombre acariciándome... Carlos me besó en los labios aún entreabiertos mientras volvía con sus manos a mis senos. La mano del extraño subió hasta la cadera, pasó suavemente sobre mi pubis y volvió a descender por la cara interior de mi muslo izquierdo. Carlos me pellizcaba suavemente los pezones, y yo... yo no sabía qué pensar, qué sentir. Lo desconocido... me acariciaba, me excitaba, mi marido allí, yo no podía hacer nada... Sentía mucho miedo de repente, y de nuevo un placer que no comprendía y que esta vez crecía muy rápidamente...

La mano entre mis muslos se deslizó hacia mi pubis. De nuevo volvía a sentir una intensa excitación: esta vez más violenta, más explosiva. Carlos introdujo su lengua en mi boca hasta tocar la mía, mientras el otro hombre rozaba con sus dedos mis labios. Gemí de deseo mientras respondía con mi lengua a la de mi marido; el desconocido me acariciaba con gran suavidad, y mis sensaciones seguían creciendo hasta llevarme al borde del clímax.

Separé más los muslos. No podía resistirlo más: lo necesitaba, y estaba a punto de tener un orgasmo. Dos hombres dándome placer, aquella situación, mi propia excitación... cuando los dedos del extraño llegaron a mi clítoris sentí que explotaba. Jamás había sentido lo que en aquel momento: estaba teniendo el mejor orgasmo de mi vida. Intenso, concentrado primero donde él me tocaba y luego expandiéndose en oleadas por todo mi cuerpo... Mientras Carlos me besaba y pellizcaba mis pezones el desconocido me acariciaba el clítoris rítmicamente; esto prolongó y aumentó la sensación, hasta hacerme gritar por fin con todas mis fuerzas.

No sé cuánto duró, pero me pareció eterno... Casi perdí la consciencia entre el tumulto de sensaciones que me produjo todo aquello. Tras esto mi marido me acarició por unos segundos, como para dejarme descansar un momento; y la mano que tan hábilmente había acariciado mi sexo subió hasta posarse en mi vientre. El calor que desprendía me trajo un placer más sensual, diferente.

Cambiaron de posición. El desconocido me levantó hasta dejarme sentada en la cama, apoyada en el cabecero; mientras las manos de mi marido separaron mis piernas de nuevo. Yo estaba recuperándome y descubrí que aún

me quedaban energías para desear mucho más: ya no me preocupaban la situación ni mis prejuicios sino al contrario, me excitaba pensar en los dos hombres conmigo desnuda e indefensa. Y me sorprendió descubrir que me gustaba aún más no conocer al misterioso amante...

Carlos se colocó entre mis piernas mientras el extraño me tocaba la cara con suavidad. Acarició mis labios con las yemas de sus dedos, al mismo tiempo que notaba el pene de mi marido rozando mi sexo. Tenía la vagina completamente húmeda de deseo: necesitaba que me penetrara, sentir un hombre dentro de mí; y lo necesitaba ya.

Mientras el desconocido introducía su lengua en mi boca sin apartar sus suaves dedos de mis labios, sentí el duro miembro de Carlos penetrándome despacio. No pude evitar gemir durante lo que duró su entrada, y un poco más profundamente cuando le tuve completamente dentro de mí y empujó con sus caderas.

El otro hombre se puso en pie mientras me acariciaba el pelo con una mano. Yo estaba completamente entregada al placer que me daba el suave vaivén de Carlos, y cuando el pene del extraño me rozó la cara y pude sentirlo, olerlo, notar su dureza, mi cuerpo ardió de nuevo con un furioso deseo. Quería tenerlos a los dos dentro de mí y busqué con mis labios el glande que se me ofrecía; lo introdujo en mi boca y empecé a lamerlo con avidez, para sentir cómo aquellos dos hombres me penetraban cada vez más intensamente. El hecho de que mi marido estuviera allí mientras le hacía una felación a un extraño me producía una extraña sensación que aumentaba mucho mi deseo, y notar aquel miembro con mis labios y mi lengua al mismo ritmo que el otro en mi vagina me estaba haciendo llegar de nuevo al borde del orgasmo.

El desconocido me puso una mano en la cabeza mientras yo chupaba su pene con fuerza, y con la otra comenzó a masturbarse sin sacar el glande de mi boca. Aquello me excitó tanto que sentí que estaba a punto de correrme otra vez: mis jadeos aumentaron de intensidad, Carlos subió el ritmo y la fuerza de sus embestidas, y el extraño se acarició más rápidamente. Más, más, más, hasta que de nuevo sentí explotar mi cuerpo desde lo más hondo, haciéndome sentir un orgasmo intenso y salvaje. No pude evitar gritar de nuevo hasta quedar exhausta.

Esta vez no nos detuvimos a descansar: los dos hombres no querían paradas, y yo ya no hubiera sido capaz de negarme absolutamente a nada. Carlos se tumbó en la cama mientras aquellas manos grandes y suaves me colocaban sentada sobre él; froté su miembro contra mi vulva hinchada y húmeda para sentir su tacto al recorrerla, cuando el extraño se colocó de rodillas detrás de mí. Al notar su pene durísimo contra mi espalda lo cogí con mis manos atadas, y lo acaricié arriba y abajo mientras me movía rítmicamente sobre mi marido para notar su sexo contra el mío. Mis tabúes se habían roto completamente y estaba disfrutando como una loca de la experiencia, y descubría que me gustaba estar atada, con los ojos vendados y entregada a dos hombres al mismo tiempo. Por una parte quería quitarme la venda y descubrir al desconocido que me estaba haciendo gozar como nunca antes, y por otra el no poder hacerlo me producía un morbo y una excitación indescriptibles.

Mi marido se ayudó con las manos para colocar su pene en posición, y de nuevo me sentí penetrada. Cómo lo necesitaba... Nunca me había excitado

tantas veces tan rápido, pero todo aquello estaba ampliando mi universo de sensaciones. El desconocido se pegó a mi espalda y me abrazó, pasando las manos hacia delante y sujetando firmemente mis pechos. Yo empecé a moverme sobre Carlos una y otra vez, sintiendo su miembro rozar cada centímetro de mi interior. Comencé a gemir de nuevo: ya no podía controlarme. Eché la cabeza hacia atrás y quedó apoyada en uno de los hombros del extraño, que pellizcaba mis pezones entre sus dedos mientras movía suave pero firmemente sus manos sujetando mis senos.

El contacto con dos cuerpos me producía sensaciones de una intensidad que jamás hubiera imaginado: tener a dos hombres dedicados por entero a mi placer superaba todo lo que había experimentado hasta ese momento. A cada instante que pasaba, con cada roce, cada movimiento, sentía que deseaba más, más, más.

Cuando los gemidos de Carlos empezaron a aumentar me sujetó por la cintura y se detuvo. El desconocido me cogió por las caderas y me levantó levemente, lo necesario para que mi marido se separara y le notara moverse. Tras esto el extraño me llevó la cabeza hacia delante, agachándome hasta notar el miembro en erección de mi marido en mi cara. Sin pensarlo un segundo comencé a besarlo y a lamerlo, cuando sentí que aquellas cálidas manos me cogían por la cintura primero, para después empezar a separarme las nalgas. *Va a penetrarme*, me dije. Sólo la idea me provocó un gran calor por todo el cuerpo. *Un desconocido va a penetrarme ahora mismo, y yo lo estoy deseando con todas mis fuerzas*. Aquello me excitaba tanto que de nuevo sentí la proximidad del orgasmo: pero quería esperar, todavía no era el momento.

Me concentré en mi marido. Normalmente cuando le hacía una felación no me gustaba que eyaculara en mi boca, pero en aquel momento no hubiera podido negarle nada; estaba viviendo algo increíble y quería recompensarle por ello. Aún más, descubrí que incluso me apetecía hacerlo. Rodeé su miembro con mis labios y comencé a chuparlo, consciente de lo que buscaba.

Al sentir el glande del extraño rozando mi vagina estuve a punto de correrme en ese mismo momento; la excitación fue tan grande que tuve que detenerme con el pene de Carlos en la boca para gemir. Las manos separándome para penetrarme, mi vagina abierta para recibirle, y la sensación de su sexo buscando el mío se me hacía irresistible. Pero quería esperar al momento adecuado y, haciendo un gran esfuerzo, conseguí contenerme. Aquel hombre me penetró despacio, y una vez completamente dentro de mí me sujetó por la cintura para empujar aún más. Yo chupaba rítmicamente el pene de mi marido mientras mis gemidos de gusto e incluso dolor por tanto placer se mezclaban con los suyos; su miembro se volvió muy hinchado y caliente, y supe que estaba a punto. Intentó separarme la cabeza para eyacular, como solía hacer; pero me resistí y chupé con más fuerza para que pudiera disfrutarlo al máximo. Mientras el vaivén del extraño dentro de mí casi me hacía perder el sentido, el potente chorro de semen inundó mi boca completamente. Carlos gritó mientras me cogía la cabeza con las manos, y yo no me detuve hasta haber sacado hasta la última gota de su leche.

Momentos más tarde el cuerpo de mi marido quedó completamente relajado. Solté su miembro, que seguía notando rozándome la cara mientras el desconocido continuaba penetrándome una y otra vez. Yo estaba aguantando el orgasmo todo cuanto era capaz pero cada vez me era más difícil: pronto no

podría más. Jadeaba al ritmo de cada entrada suya, deseándole, excitándome cada instante como nunca lo había estado.

Empezó a embestirme con más intensidad. Le notaba hasta el fondo, cada vez más. Quería su semen dentro de mí, quería oír su voz, quería notar su cuerpo en tensión al llegar al clímax. Su miembro estaba a punto de explotar, igual que mi deseo, y cuando ya no podía resistirlo sentí un chorro caliente en mi vagina que me provocó al fin un orgasmo aún más profundo e intenso que los que había experimentado antes. Creí volverme loca, grité sin control de mí misma, noté cómo mi cuerpo se arqueaba en absoluta tensión, y durante todo lo que duró lo único que fui capaz de sentir fue a él, su piel, su grito, y cómo compartía aquella increíble sensación conmigo. Supe que lo estaba viviendo igual que yo, entregándose al máximo.

Después de esto, el extraño salió por fin y yo caí en la cama bocabajo junto a Carlos; estaba totalmente extenuada y no era capaz de mover ni un músculo. No sabía cuánto tiempo había durado aquella experiencia, y no recuerdo nada de lo que ocurrió después salvo que me quedé profundamente dormida.

Cuando me desperté estaba desnuda todavía, pero no tenía la venda en los ojos ni las manos atadas. Estaba tapada, y bajo las sábanas comencé a desperezarme lentamente. ¿Cuánto tiempo había dormido? Tenía la impresión de que había sido un año entero. Me estiré a placer durante un rato, mientras me iba dando cuenta de que ya era de día y de que estaba sola en la habitación. Miré el reloj: ¡eran más de las dos de la tarde!

Casi dos meses después de aquella “sorpresa” de Carlos, no había olvidado lo ocurrido. Lo que hubiera podido ser una experiencia perfecta quedó empañado por su actitud después de todo aquello: desde que me levanté al día siguiente de muy buen humor, con ganas de disfrutar de todo, y él volvió a casa pavoneándose por su brillante iniciativa una vez más, recordándome la suerte que yo tenía y volviendo a sacar el tema de sus ideas geniales a cada oportunidad los días siguientes, me fastidió lo que yo hubiera deseado que fuera algo extraordinario, irrepetible, “especial”.

Y si todo hubiera quedado así seguramente no habría reaccionado, acostumbrada como estaba a su autocomplacencia; pero hubo algo que cambió la situación. ¿Por qué algunos hombres no saben callarse a tiempo y acaban estropeándolo todo? Cuando, una de las veces que se puso a hablar de aquello sin venir a cuento, me dijo que había pensado decirme quién era el desconocido pero que prefería que yo se lo tuviera que pedir a él la próxima vez, sentí que había superado por fin mi capacidad de aguante. Casi pude oír el “click” en mi cabeza: hasta aquí habíamos llegado, y fue en ese momento cuando me juré a mí misma que iba a darle una lección.

Me costó mucho aceptar la idea que se me había ocurrido; en realidad creo que nunca lo hice del todo, ni siquiera ahora. Y no sólo por los remordimientos que tuve al pensar en lo que iba a hacer, así de tontas somos a veces, sino porque lo que tenía en mente estaba más allá de mis propios límites. Durante los días que tardé en tenerlo todo preparado estuve mil veces

a punto de olvidar todo aquello, y sólo la vanidad de mi marido y sus constantes comentarios me hicieron mantenerme firme. Iba a hacerlo, por muy difícil que fuera y costara lo que costase.

Por fin llegó el momento. De nuevo cenar fuera, y a la vuelta fui yo quien anunció la sorpresa. Carlos me miró con su expresión de “¿vas a imitar una genial idea mía?” y mis últimas dudas desaparecieron.

Llegamos a casa. Él fue a darse una ducha, y yo tuve la idea de ducharme con él.

-Vaya, creo que esta noche lo voy a pasar bien –me dijo mientras nos enjabonábamos. Tenía ya una erección a medias.

Yo simplemente sonreí como respuesta. Le estaba poniendo un sabroso cebo, que él mordía sin ninguna reserva.

Una vez en nuestro dormitorio le pedí que no se vistiera. Por su expresión supe que era exactamente lo que él quería.

-¿Me dejas que esta vez te ate yo? –le dije pícaramente.

-Claro, cariño –su sonrisa lo decía todo.

-Pero ahora será un poco diferente...

Pareció sorprenderse un poco cuando le ató las muñecas a un saliente de la cama; sin embargo lo hizo de buen grado. Me aseguré de que no estuviera incómodo pero que le fuera imposible desasirse.

-Y ahora viene lo mejor –sonreí. Fui hasta mi bolso y saqué el otro pañuelo que tenía preparado; al acercarme de nuevo cerró los ojos, pero lo que yo hice fue taponarle la boca. No quería que algo que él pudiera decir me estropeará... la sorpresa.

Carlos esta vez sí puso expresión de extrañeza por un momento. Yo le sonreí, y por su mirada pareció decidir seguirme el juego. Iba a llevarse una sorpresa de verdad, y además una lección que no olvidaría fácilmente.

Me levanté de la cama, apagué las luces de la habitación y sólo encendí una de otro cuarto cercano; el dormitorio quedó así en penumbra, con sólo la luz suficiente para distinguir la forma de un cuerpo pero no para reconocer una cara. Exactamente lo que yo quería.

-Ahora vuelvo... –dije antes de salir.

Unos minutos después volví... acompañada. Confieso que estaba muy nerviosa en ese momento: no sólo no había hecho nunca lo que pensaba hacer ahora, sino que un par de semanas atrás no lo habría considerado siquiera posible. Pero allí estaba, Elsa venía conmigo y no había vuelta atrás.

Las dos entramos en la habitación. Imagino la cara que debió poner mi marido cuando vio dos siluetas de mujer aparecer por la puerta: a mí no me gustan las mujeres y él lo sabe. ¿Por qué estaba haciendo aquello entonces? En ese momento volví a hacerme esa pregunta una vez más.

Elsa no era lesbiana declarada, ni siquiera bisexual; simplemente sabía que alguna vez había tenido algún contacto con otra mujer, pero no era habitual ni mucho menos. Por eso recurrí a ella, pensando que comprendería lo que yo sentiría en ese momento.

Cuando nos quedamos frente a frente, allí en el dormitorio, y por primera vez me encontré con el hecho inevitable de que iba a ocurrir algo entre nosotras, descubrí que después de todo había acertado al elegirla. Tras un segundo en que ninguna se movió y ella debió percibir mi nerviosismo, se acercó suavemente y me besó en la mejilla con gran ternura. Desde que le abrí la puerta de casa no nos habíamos tocado siquiera, y aquel contacto de sus labios en mi piel hicieron que se rompiera de repente algo que había estado entre nosotras.

Un momento después volvió a besarme en la cara... pero esta vez más lentamente. Un beso más junto a mi boca, y al rozarse nuestros labios yo entreabrí los míos. Instintivamente ambas levantamos las manos para tocar el rostro de la otra, y así me di cuenta de que sonreía; lo hice yo también, extrañamente aliviada por haber superado el primer momento. Ninguna dijo nada, pero supe con toda certeza que ya todo saldría bien.

Besé la palma de su mano mientras ella me rodeaba con el otro brazo por la cintura. Todavía tenía miedo de tocar su cuerpo, de entregarme del todo; Elsa, que parecía entenderme tanto como yo misma, sin dejar de abrazarme se desabrochó un botón de la camisa. No podía distinguir su rostro en la penumbra pero notaba su atrayente olor, y cuando llevó mi mano hasta el siguiente botón rocé la suave piel de su pecho y me recorrió un escalofrío. Elsa volvió a besarme, esta vez yo la besé también, y ambas comenzamos a desnudarnos mutuamente.

Lo hicimos despacio, disfrutándolo: primero abrí todos los botones de su camisa y ella me acarició por debajo de la mía; el deseo, que empezaba a crecer hasta ocultar mis reparos, me hizo inclinar la cabeza hasta rozar con mis labios el interior de sus senos. Elsa me acarició la nuca mientras bajaba la otra mano hasta mis nalgas. Parecía saber lo que me apetecía, lo que necesitaba en el momento exacto; jamás había tenido esta sensación con un hombre. Nos acariciamos mientras ella subía mi falda y yo le quitaba la camisa, y cuando mis braguitas quedaron al descubierto se arrodilló y comenzó a bajármelas manteniendo su boca muy cerca de mi ingle. Sujeté su cabeza con mis manos mientras notaba su aliento en mi sexo, sintiendo por primera vez algo más que el placer de una caricia: me excitaba todo aquello. Me excitaba una mujer de rodillas desnudándose y con su boca tan cerca de mi pubis.

Después de despojarme de mis bragas volvió a ponerse en pie. Esta vez la abracé yo para besarla ardientemente, buscando su lengua con la mía; le solté el cierre del sujetador y ella me quitó la camisa. Ambas empezábamos a jadear levemente, y se nos escapaba algún gemido cuando la otra rozaba una parte especialmente sensible de nuestro cuerpo.

Nos sentamos en la cama antes de desnudarnos del todo. Por un momento recordé a Carlos, atado y amordazado, viéndonos y con toda seguridad disfrutando del espectáculo; pero en ese momento quería vivir plenamente lo que estaba ocurriendo entre Elsa y yo y me concentré en nuestro propio placer.

Le quité la falda y ella me quitó la mía. Pareció divertirse mi sorpresa cuando descubrí que no llevaba bragas; acercó su boca a mi oído mientras me abrazaba y dijo con tono pícaro:

-Yo también quería darte una sorpresita...

Me reí en voz baja; aquello me estaba gustando. Antes no lo hubiera creído posible pero todo era perfecto: en unos minutos sentía que ambas nos compenetrábamos mucho más que en todas mis relaciones con hombres, y una vez superados mis tabúes descubría que disfrutaba con su olor, con el tacto de su piel, con la sensación de que compartíamos algo que era sólo nuestro. Estaba olvidando mis últimas reticencias para entregarme totalmente a mi amante.

Nos abrazamos, primero suavemente y luego aumentando la profundidad del contacto para sentir más nuestros cuerpos. Sus pezones se endurecieron tanto como los míos al tocarse, y nuestra excitación aumentó al notar vientre contra vientre y pubis contra pubis. Nos sujetamos fuertemente por las nalgas para sentir al máximo a la otra, mientras nuestras lenguas se encontraban cada vez con más pasión.

Al colocarme sobre ella abrió las piernas, lo que aumentó el contacto entre nuestros sexos e hizo que mi deseo se disparara. Recorrí el cuello con mis labios y mi lengua, para dirigirme a su pecho y detenerme acariciando y besando la curva de sus senos primero, los pezones después. Los mordisqueaba muy suavemente, los apretaba un poco con los labios, y con cada roce escuchaba sus gemidos y me excitaba aún más notando su placer. Sabía exactamente lo que ella deseaba y lo que debía hacer para satisfacer ese deseo; sabía lo que sentía con cada beso, cada caricia y este conocimiento me hacía compartir plenamente sus sensaciones.

Lentamente llevé una mano hacia su vientre. Pasé acariciando su ombligo y dirigí mi tacto hacia su pubis sin abandonar sus senos, y sus gemidos aumentaron de intensidad. Cuando toqué sus labios hinchados y muy húmedos todo su cuerpo se tensó, y percibir tan fuertemente su gran excitación me puso al límite. Elsa estiró una mano hacia mi sexo, sabiendo sin duda lo que necesitaba, y comenzó a acariciarme al mismo ritmo que yo a ella. Primero los labios, luego el clítoris. Estábamos a punto de tener un orgasmo juntas: cuando llegó el momento ella lo supo y se dejó ir conmigo, y ambas explotamos disfrutándolo doblemente y fundidas en un único cuerpo.

Pasamos unos momentos quietas, sintiendo nuestra respiración acompañada tras el clímax. Yo tenía la cabeza apoyada en su pecho y casi podía escuchar sus pensamientos; antes de que dijera nada descubrí lo que deseaba y sin pensarlo, queriéndolo tanto como ella, me entregué a su placer por entero.

Besé suavemente su pecho, bajando hacia el vientre. Me detuve rodeando el ombligo mientras ella me acariciaba el pelo con sus manos, y comencé a acercarme hacia la ingle sintiendo que le gustaba. Llegué por fin hasta el pubis, acariciando con mi boca la parte interna de sus muslos, y separando sus piernas un poco más por fin rocé sus labios mientras notaba sus manos más fuertemente en mi cabeza.

Tenía la vagina aún muy húmeda e hinchada. Al besarla y rozarla con mi lengua Elsa jadeó de gusto; la lamí bebiendo de ella y se arqueó levemente con un fuerte gemido. Cuando acerqué mis dedos y comencé a penetrarla muy despacio no pudo contener un grito apagado, y su cuerpo aumentó la tensión mientras llegaba hasta el fondo. Mientras besaba el contorno de sus labios moví mis dedos para aumentar su excitación, y fui masturbándola rítmicamente mientras notaba cómo disfrutaba con ello.

Al pasar el otro brazo por detrás de su cintura para sujetarla mejor apreté mi cabeza hacia su sexo. Aumenté un poco el ritmo de la masturbación mientras seguía lamiéndola y ella aceleró su respiración y sus jadeos; poco después noté que temblaba ante la proximidad del orgasmo, y sin dejar de besarla y penetrarla con mis dedos me dispuse a recibir por entero su placer. Al fin lanzó un fuerte y largo grito llevando al máximo su tensión, yo continué un poco más para prolongar la sensación todo lo posible y tras esto ambas nos quedamos de nuevo totalmente relajadas.

Elsa estaba inmóvil bocarriba y yo me acosté junto a ella, con una de mis manos enlazada a una de las suyas. No puedo decir cuánto tiempo estuvimos así, en aquellos momentos los minutos o las horas no tenían mucho sentido: simplemente disfrutábamos, sin tener en cuenta ninguna limitación física, moral o social.

Más tarde comenzó a moverse. Se abrazó a mí, y luego me colocó bocabajo mientras me acariciaba muy suavemente la espalda. Después de unos segundos se puso sobre mí, abriendo mis piernas y haciendo que notara sus senos y su pubis contra mi piel. Con una mano me cogió de la cadera y apretó su pubis contra mí, lo que de nuevo me hizo notar una cierta excitación después de la calma. Sus pezones erectos me rozaron la piel mientras bajaba besándome la columna hacia el coxis, y cuando se tumbó bocabajo entre mis piernas besándome las nalgas volví a sentir un furioso deseo. Me sujetó con las dos manos y abrió la piel para dejar al descubierto el ano, y lo besó con mucha delicadeza; antes siempre había sentido cierto reparo hacia esto, pero entregada como estaba acepté sin reservas lo que me ofrecía y un placer... diferente, diferente y desconocido hasta entonces, me recorrió por todo el cuerpo mientras ella lo rodeaba con los labios y la punta de su lengua. Al principio tenía el esfínter apretado involuntariamente, pero el gusto que me estaba haciendo sentir hizo que lo relajara y levantara las caderas para disfrutar aún más del vaivén y la suave presión que producía al besarlo y lamerlo. Yo estaba de nuevo muy excitada, tanto que me acercaba otra vez al clímax; mis gemidos se hicieron más fuertes, y Elsa comenzó a acariciarme el ano con sus dedos mientras buscaba con su lengua mi vagina. Aunque intentaba prolongar el placer lo más posible, con cada roce me era más difícil contener el orgasmo; mientras la punta de su lengua se metía por mi esfínter ahora completamente abierto me introdujo primero un dedo en la vagina, luego dos, y al comenzar a rozarme el punto G no pude resistirlo más. Grité con todas mis fuerzas, hundí la cara en la almohada sin pensar en lo que hacía, y durante el larguísimo momento que duró aquello me sentí morir de puro gusto.

Cuando volví a la realidad me costó empezar a moverme de nuevo. Elsa se acostó junto a mí y me rodeó con un brazo; yo sentía que mi cuerpo pesaba

muchísimo, y con esfuerzo me acerqué más a ella hasta quedarnos abrazadas respirando profundamente, sintiendo cada una el corazón de la otra.

Poco después comencé a incorporarme y Elsa lo hizo también. Cuando estábamos ambas sentadas en la cama me besó en los labios.

-Me voy –susurró.

Yo asentí. Recogió su ropa y salió de la habitación; yo no la acompañé. Prefería dejarnos así, en la oscuridad, que volver a la luz y a la realidad tan pronto. No sabía cómo reaccionaríamos la próxima vez que nos viéramos, pero aquel momento había sido una excepción, algo “mágico” incluso, y no quería empañarlo con una despedida embarazosa. Elsa encontraría sola la salida, y a partir del día siguiente aquello sólo habría sido un delicioso sueño que cada una guardaría para sí misma.

Respiré hondo. Unos segundos después me acerqué hasta donde estaba mi marido; durante todo aquel tiempo me había olvidado por completo de él, y si hizo ruido o se movió en algún momento yo no me di cuenta en absoluto. Ahora quería comprobar hasta qué punto había dado resultado mi “sorpresa”, la lección que tenía para él, y admito que la mayor sorprendida fui yo: comencé a acariciar su pene medio erecto y noté que el glande estaba húmedo, y al subir la mano hasta el vientre y el pecho descubrí que había tenido al menos un gran orgasmo a juzgar por la abundantísima eyaculación.

Aquella experiencia fue fantástica para mí. Y lo mejor de todo fue lo que ocurrió después: Carlos, superado en su propio terreno, no volvió a alabarse por sus geniales ideas en mucho tiempo; y nunca más mencionó su “sorpresa”. En cuanto a la mía, la guinda del pastel y el reconocimiento tácito de su derrota llegó meses más tarde.

Habíamos cenado, recogido los platos y mientras él terminaba de colocar la mesa y yo ponía algo de música noté que quería decirme algo. Al volver de la cocina se sentó en el sofá conmigo y cogió una revista, que comenzó a hojear mientras yo, que a estas alturas creo conocerlo bastante, cada vez estaba más segura de que estaba pensando en algo que tenía que ver conmigo. Y tenía razón: después de un rato de fingir que le interesaba lo que estaba leyendo, levantó la vista y como quien no quiere la cosa comenzó a decir las palabras mágicas:

-Oye, cariño, por cierto... esa chica, la que trajiste aquella vez... ¿recuerdas?

**FIN**